

La responsabilidad del historiador.¹

Peter Mandler

Faculty of History. University of Cambridge

Resumen: El presente artículo ofrece algunas propuestas sobre lo que podría considerarse razonablemente como responsabilidad pública del historiador profesional. Somete a crítica las recientes concepciones según las cuales la historia debería enseñar lecciones prácticas –para los políticos o incluso para los ciudadanos– y contarnos «quiénes somos», esto es, proporcionar un «pasado utilizable» para las identidades presentes. Propone en su lugar algunos usos de la historia más ampliamente humanistas, –en particular para ampliar nuestro sentido de lo que es humanamente posible– frente a ciertas afirmaciones procedentes de la psicología evolucionista y las disciplinas cognitivas.

Palabras clave: Historiografía, historiadores, responsabilidad.

Abstract: This paper offers some modest proposals as to what can reasonably be claimed to be the public responsibility of the professional historian. It criticizes some recent assumptions that history should teach practical lessons - to policymakers or even to citizens - and that it can tell us 'who we are', that is, supply a «usable past» for present-day identities. It proposes instead some more broadly humanistic uses of history - particularly to broaden our sense of what is humanly possible, against some recent assertions by evolutionary psychology and cognate disciplines.

Key words: Historiography, historians, responsibility.

* Traducción de Pedro Royo.

¹ Este artículo es una adaptación de «The Responsibility of the Historian», en H. Jones, K. Östberg y N. Randerad (eds.), *Contemporary History on Trial: Europe since 1989 and the Role of the Expert Historian*, Manchester, 2006. Mis agradecimientos a los editores por permitir que sea adaptado y traducido aquí. Estoy muy agradecido a Mark Mazower y Richard Rathbone que ayudaron a organizar la conferencia, de la que saqué muchas de las ideas de este ensayo; y a los muy estimulantes miembros que participaron en la mesa sobre «Contemporary Historians, Professional Standards and the Public Use of History» celebrada en Estocolmo en agosto de 2002, y en la «7th Annual Conference on History in Higher Education in Oxford», en abril de 2005, en la que presenté una versión anterior de este artículo.

En este artículo esquematizo algunos principios generales que podrían contribuir a una definición de la responsabilidad del historiador. En una profesión y en una sociedad liberales, no puede haber una única definición de esa responsabilidad y nadie tiene el derecho *ex officio* a decidir sobre ello. Esa discusión ha de ser indicativa, provisional y personal. Por ello debería comenzar con una declaración en primera persona: ¿Quién está definiendo esa responsabilidad y por qué razones?

En primer lugar escribo no sólo, ni principalmente, como historiador contemporáneo. Mi propia obra histórica abarca desde el siglo XVIII hasta el presente y recientemente –cuando entre 1998 y 2002 fui secretario de la principal sociedad científica para la Historia en el Reino Unido, la Royal Historical Society–, me he acostumbrado a hablar por «los historiadores en general», es decir, aquellos que estudian todos los períodos de la historia humana, como si fueran un bloque monolítico. No lo son y ciertamente los historiadores contemporáneos tienen algunas responsabilidades especiales y problemas que los separan de otra clase de historiadores. Sin embargo, creo que aún puede ser útil que yo sugiera algunas nociones ideal-típicas de lo que puedan ser las responsabilidades de un historiador generalista y los lectores puedan decidir por sí mismos si los historiadores contemporáneos merecen un tratamiento especial o algún tipo de exención.

En segundo lugar, escribo como alguien cuya carrera profesional ha transcurrido en los Estados Unidos y, predominantemente, en Gran Bretaña. Soy muy consciente de que el ambiente político en Inglaterra, especialmente, ha dado forma a mis expectativas de lo que un historiador debe y puede ser. Esto ha influido en varios aspectos diferentes. En Gran Bretaña hasta hace poco, la universidad se veía –para bien o para mal– como una torre de marfil con poca conexión con las vidas de todos los días (y hasta con la política de todos los días) de las masas y de la gente. Incluso hace apenas quince años, sólo el 15% de los jóvenes de 19 años seguía una educación superior, e Inglaterra tenía menos estudiantes y profesores universitarios en proporción a su población que prácticamente cualquier nación europea. Más aún, y en relación con esto, aunque casi todos los historiadores académicos en Gran Bretaña consiguen fondos del Estado, sin embargo, han disfrutado de un inusual grado de autonomía. Las afiliaciones políticas apenas han tenido importancia en cuestiones como la contratación y la promoción. Los fondos para la investigación histórica –los pocos que había en Gran Bretaña– se canalizaban muy indirectamente desde el Tesoro a las universidades y de las universidades a los especialistas, normalmente de forma automática según criterios profesionales. No ha habido instituciones centralizadas para la gestión de los fondos como las que son familiares en Francia, Alemania y en otras partes de Europa y, en verdad, ha habido pocos investigadores a tiempo completo (sin enseñanza). El Consejo Económico y de Investigación Social, que sostiene la orientación de las políticas de investigación, asignó fondos a pocos proyectos históricos; y cuando recientemente se estableció un Consejo de Investigación de las Artes y Humanidades, al principio adoptó un modo de proveer fondos respondiendo a las peticiones, sin establecer criterios para las solicitudes y valorando éstas basándose solamente en el

mérito académico y sin referencia a una agenda establecida. Este grado de autonomía con el que estoy en gran parte de acuerdo, influye en mi punto de vista sobre las relaciones apropiadas entre los historiadores, el público y el gobierno, y probablemente hace que vea las cosas mucho más simples de lo que son en realidad².

En tercer lugar escribo como alguien que está a mitad de su carrera y tiene dudas sobre el significado trascendental de la historia. Vivimos en un momento en el que la historia parece haber alcanzado una cima en la conciencia popular. El número de títulos de historia publicados en Gran Bretaña fluctuaba alrededor de 500, durante el largo período que va desde 1870 hasta alrededor de 1960. Entonces, a principios de los 60, el número de títulos anuales comenzó a crecer rápidamente hasta los más de 5.000 de hoy. Esto se produjo en un contexto de crecimiento en el número de títulos sobre todos los campos del saber, pero a su vez éste se enmarcaba en el más relevante del creciente perfil de lecturas serias en la sociedad moderna; y la parte relativa a la historia creció también en este período del 1% hasta el 5%. Sería muy interesante saber si se podría hacer una gráfica similar con otros idiomas europeos; sospecho que al menos el crecimiento reciente se daría en muchos. El número de títulos es sólo un indicador (no muy bueno); pero hay otros muchos otros que corroboran la opinión de que la historia tiene hoy un fuerte y vibrante atractivo en la imaginación popular³.

Pero este pico actual de popularidad no debiera producirnos delirios de grandeza. Debemos pensar con cuidado por qué el público está interesado en la historia y si ese interés es siempre una buena cosa. El punto más bajo del interés público medido por el número de títulos anuales llegó entre el comienzo y las consecuencias que resultaron de las dos guerras mundiales. Esto puede indicar que el interés en la historia ha estado inversamente relacionado con lo que la gente interpreta como «vivir a través de la historia». Esa vivencia de la historia puede generar lo que los alemanes llaman *Geschichtsmüdigkeit*, un hartazgo de sucesos históricos⁴. Sólo cuando la presión de los acontecimientos inmediatos se hace más remota puede la gente relajarse lo suficiente para interesarse por la historia, cuando pueden descubrir que la historia es más que un catálogo de golpes militares y progromos. Esto tiene un lado saludable, pues pudiera ser un signo de que florecen los afanes civilizados en tiempo de paz;

² Véase [<http://www.esrc.ac.uk>] y [<http://www.ahrc.ac.uk>].

³ MANDLER, P.: *History and National Life*, London, Profile Books, 2002, especialmente el capítulo 4; véase también SAMUEL, R.: *Theatres of Memory*, London, Verso, 1994. El Dr. O. Blaschke de la Universidad de Tréveris está actualmente trabajando en algo similar para el caso alemán.

⁴ *Nota del editor*. El autor se refiere al «cansancio o tedio de la historia». La historiografía alemana utiliza esta idea en dos contextos: al final de la segunda Guerra Mundial y en la fase dura de la *Historikerstreit*, casi cuarenta años más tarde. En el primer momento, Hermann Heimpel, en *El hombre y su presente*, 1953, definió la *Geschichtsmüdigkeit*, como «el cansancio histórico derivado del robo de la sensación de seguridad en la tradición que toda nación dinámica necesita para acometer su propia historia». Lejos de abominar del pasado y emprender la construcción de un nuevo edificio histórico, la comunidad de historiadores alemanes optó por la revisión crítica de su propia tradición (*Der Mensch und Seiner Gegenwart*, Göttingen, Vanderhoeck, 1954, pp. 185-186).

pero también, un lado más oscuro, porque podría ser un signo de una deleitación autocomplaciente, desasosegada, que no tiene por qué sentirse culpable de los horrores del siglo veinte cuando resultan lo suficientemente lejanos para no implicar a las jóvenes generaciones. Pero eso no quiere decir necesariamente que la gente mire hacia la historia para encontrar en ella el significado de la vida o para solucionar sus problemas –o, si lo hacen, que nosotros los historiadores debamos animarles a ello–. Mis propios y fuertes sentimientos sobre esto puede que me hagan pecar por exceso en la dirección opuesta o restar demasiada importancia a la significación de la investigación histórica en la sociedad contemporánea.

En este espíritu de bajas expectativas, estructuraré el grueso de mis observaciones alrededor de las responsabilidades o papeles que pienso que el historiador no debería reclamar y adoptaré solo al final un punto de vista más positivo de las responsabilidades o papeles que pienso que el historiador puede buscar legítimamente.

En primer lugar, no es oficio del historiador actuar como si fuera la brújula moral de la sociedad, ni siquiera para dar lecciones morales. Anecdóticamente, cuando pregunto a los estudiantes para qué piensan que sirve la historia, contestan con más frecuencia «para dar clases». No estoy seguro de que lo crean; lo importante es que han aprendido que al menos es una contestación respetable a una pregunta difícil. Naturalmente están repitiendo el gastado *dictum* de Santayana «los que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo»⁵. La formulación de Santayana data de un tiempo en que la mayoría de los historiadores aun creían en el historicismo –en el sentido de Karl Popper, de que la historia estaba guiada por leyes o seguía patrones o al menos que describía un arco moral que podía emplearse no solo para juzgar el pasado sino también para juzgar el presente–⁶. No muchos historiadores creen ya en eso, aunque caen con frecuencia en confusas y consoladoras formulaciones –tales como «no sabes dónde estás o a dónde vas si no sabes dónde has estado»– que transmiten el mismo mensaje, y el mensaje ha sido reforzado más recientemente por la fascinación de la historia contemporánea por los horrores del siglo XX y la formulación de actitudes morales que esa fascinación trae consigo. Este reforzamiento de un historicismo pasado de moda es un peligro de moralización de la historia. Revive un montón de conceptos populares erróneos acerca de la historia que tratamos desesperadamente de enterrar. Sugiere que bajo la historia subyace una lógica o un patrón. Implica que la historia se repite y que por consiguiente recordar los crímenes del pasado nos rearma contra la repetición (no sólo porque educa nuestro sentido moral sino porque debiéramos ser capaces de «leer los signos», para ver nazis o bolcheviques o hasta jacobinos que vuelven, para estamparlos antes de que suceda de nuevo 1933 ó

⁵ SANTAYANA, G.: *The Life of Reason, 5 vols., vol. I. Reason in Common Sense* (London, Constable, 1905), p. 284. Pero Santayana no hablaba aquí de *historia* sino de *memoria* en el más básico y práctico sentido de que la primitiva civilización humana se construyó sobre la acumulación de experiencia. Él no creía que «aquellos que no pueden recordar la historia están condenados a repetirla». En un volumen posterior de *La Vida de la Razón* criticaba de hecho las formas más crudas de historicismo que entonces prevalecían.

⁶ POPPER, K. R.: *The Poverty of Historicism*, London, Routledge & Kegan Paul, 1957.

1917 ó 1793). Promete que la historia tiene una utilidad práctica que la pone a la par con los estudios de la ley o de los negocios, un argumento tentador para profesores que buscan estudiantes, pero al que debemos resistirnos si realmente no creemos en ello. Estos argumentos tendrán consecuencias. No podemos usar el Holocausto para tratar problemas de nuestros días y si lo intentamos, al reducir los problemas actuales de racismo o neo-nazismo a problemas de información sobre el Holocausto, veremos que estamos haciendo muy poco para orientar los problemas actuales de racismo o neo-nazismo y probablemente generando también cinismo sobre el Holocausto. Mejor usar la educación sobre el Holocausto para dejar abierta —o para presentar problemas— la cuestión de qué relevancia tiene el Holocausto sobre la sociedad europea contemporánea. Más allá de esto, como sugiere el ejemplo del Holocausto, moralizar la historia distorsiona la agenda de la investigación histórica. En parte como reacción contra la profunda división ideológica y social de principios del siglo XX, la última etapa del siglo XX desarrolló un conjunto de iconos históricos a los que se atribuyó autoridad moral trascendente y así fueron elevados sobre las controversias para proporcionar puntos de unidad y autoafirmación simbólicas. Quién puede negar que el estado moral especial concedido al Holocausto ha atraído hacia él la atención y recursos, y necesariamente los ha desviado de otros temas valiosos. Así sucede directamente, por lo menos en un tema importante al que el Holocausto ha dejado en la sombra: el destino de los alemanes en tierras checas y polacas después de 1945, e, indirectamente, haciendo más difícil atraer investigaciones hacia otras áreas importantes de historia contemporánea que parecen triviales en comparación con la horrible majestad del Holocausto —como el impacto del consumo masivo o de las telecomunicaciones y de la tecnología de la información, o de la americanización de la cultura juvenil o las actitudes cambiantes respecto al sexo y al género—. Me parece absurdo que el Instituto de Historia Contemporánea, con base en la Wiener Library de Londres, que publica el *Journal of Contemporary History*, siga publicando más trabajos sobre la Segunda Guerra Mundial que sobre todos los demás temas juntos.

Así pues, en primer lugar, no es el oficio del historiador proveer a la sociedad de una brújula moral; segundo, en relación con ello, tampoco es oficio del historiador ser su juez y su jurado. Es bien sabido ahora que los criterios de evidencia y argumentación que priman en los tribunales son diferentes de los que prevalecen en las clases. Y como resultado, los historiadores salen con frecuencia mal parados cuando son arrastrados a los procedimientos judiciales. En los tribunales se averiguan los hechos y son comparados y medidos por la ley. En las clases, los hechos son descubiertos y después interpretados. Estos procesos aunque superficialmente son similares, en realidad son muy diferentes. En la sala del juicio se atienen a la ley para asegurarse y la resolución es lo más importante, de manera que el grueso del esfuerzo se dedica a la minuciosa averiguación de los hechos. En la clase se estima que la interpretación ha de ser fluida y con un final abierto y la mayor parte del esfuerzo se dedica a la interpretación más que al descubrimiento de los hechos aunque la imagen popular del historiador como investigador de hechos sugiera otra cosa.

Este desajuste resultó evidente hace veinte años en un célebre caso que dividió a los historiadores feministas en América, *Equal Employment Opportunity Commission versus Sears, Roebuck*. El caso giraba sobre si Sears, una cadena de grandes almacenes, discriminaba a las mujeres en su política de contratación y salario. Los historiadores aparecieron en ambos campos. Los hechos (diferencia de sueldos) no estaban en disputa; el ganador fue la parte (Sears) que ofreció menos interpretación, arguyendo simplemente que la diferencia de salarios reflejaba la diferencia de los empleos que la mujer había ocupado históricamente. La explicación contextualizada mucho más difícil ofrecida a favor de la EEOC que trataba de explicar por qué las mujeres habían ocupado históricamente esos empleos (de sueldos bajos) fue la que más satisfizo a los historiadores, pero apenas se le puso atención en la sala del juicio, ya que los historiadores fueron obligados a contestar a la mayoría de las preguntas con un escueto sí o no⁷. En ese caso había posiciones morales en ambas partes. En otros casos, la natural inclinación de los historiadores a resistirse a la moralización les hace aún menos preparados para contribuir a los procedimientos judiciales, en los que se trata la inocencia o la culpabilidad. La cuestión de culpabilidad o inocencia es, desde luego, interesante para los historiadores, pero es sólo el principio. La pregunta siguiente es ¿por qué? Los tribunales de justicia están rara vez interesados en el ¿por qué? Preguntar ¿por qué? es ceder a un ejercicio de ética situacional, atractiva para los historiadores porque las situaciones históricas son su tema, pero que paralizarían cualquier sistema judicial que funcione y con razón repugna a la sociedad que mira al sistema judicial para que decida, no para que explique.

Esto no quiere decir que los historiadores no tengan un lugar en el juicio; sólo que debieran ir sin ilusiones respecto a cuál es su lugar y autoridad allí. No es una coincidencia, me parece, que los historiadores hayan tenido mucho éxito en las salas de juicios cuando se les ha preguntado que se pronunciaran sobre la práctica histórica en sí misma, por ejemplo la demostración del Dr. Richard Evans sobre la pobre práctica histórica de David Irving⁸, o la defensa de Pierre Vidal-Naquet de su práctica histórica contra el cargo de difamación interpuesto por Jean-Marie Le Pen, o hasta la defensa de Jean-Luc Einaudi contra el cargo de difamación interpuesto por Maurice Papon que no llegó a ninguna conclusión respecto a la culpabilidad histórica de Papon, pero simplemente defendió el derecho de Einaudi a interpretar.

Aparte de dar las clases, mis estudiantes me informan con mucha frecuencia de que la responsabilidad del historiador es decirnos «quiénes somos». Pienso que esto es una concepción aún más equivocada. De la misma manera que la exigencia de que

⁷ Véase NOVICK, P.: *That Noble Dream: The «Objectivity Question» and the American Historical Profession*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pp. 502-40; también para ver interpretaciones distintas sobre la implicación de las prácticas académicas, HASKELL, T. y LEVINSON, S.: «Academic Freedom and Expert Witnessing: Historians and the Sears Case», *Texas Law Review*, 66 (1988), pp. 301-31; y KESSLER-HARRIS, A.: «Academic Freedom and Expert Witnessing: A Response to Haskell & Levinson», *Texas Law Review*, 67 (1988), pp. 429-40.

⁸ EVANS, R.: *Telling Lies About Hitler*, London, Verso, 2002.

la historia enseña lecciones. No creo que en verdad haya muchos estudiantes que crean que la historia nos dice «quiénes somos», es decir, que nos ayude a asegurar nuestras identidades individuales y colectivas. Puede haber sido verdad alguna vez que la historia —o sus premodernos análogos, la «costumbre» o la «tradición»— hayan asegurado las identidades de la gente. Pero en el mundo desarrollado, al menos desde el siglo XIX, el período identificado como el semillero de «la invención de la tradición», la importancia de ésta ha ido debilitándose de tal modo que la autoridad ha tenido que inventarse sustitutos. Hoy, a principios del siglo XXI, vivimos en una sociedad repleta de tecnologías para construir, almacenar y difundir costumbres y tradiciones: libros, filmes, bases de datos, archivos, monumentos, museos. Más aún, estamos tan preocupados acerca de la disminución de la compra del pasado, que ahora incluimos la «memoria» misma entre esos productos que requieren institucionalización. Así tenemos muchos más memoriales, aniversarios, proyectos de historia oral y nuevas clases de monumentos y museos para capturar no la tradición «profunda», sino simplemente las memorias efímeras de la gente sobre el pasado reciente.

¿Acaso nos dicen estas cosas «quiénes somos»? No lo creo. Como la invención de la tradición, la institucionalización de la historia y de la memoria es sobre todo una reacción defensiva. Mucha gente siente hoy en día que el «progreso» es un tren que se escapa; la institucionalización de la historia y de la memoria sólo puede poner débiles obstáculos en su camino. Lo que el historiador Jose Harris ha dicho respecto al siglo XIX es tan aplicable a nuestro propio tiempo que merece una larga cita:

«La conciencia de vivir en una nueva edad, en un contexto material nuevo y una forma de sociedad totalmente diferente de cualquier cosa que haya ocurrido antes, estaba tan extendida como para constituir un elemento genuino y distintivo en la cultura mental del período... Este sentido de dominio único de tiempo presente fue inmensamente reforzado por el enorme crecimiento físico en el ambiente urbano, por la explosión de conocimiento científico y por la europeización política y material del globo. Tales cambios... parecían a mucha gente de esa época como un salto cuántico a una nueva era de la existencia humana. Se estimaba que las pasadas edades de ignorancia, escasez e irracionalidad, aunque todavía no eliminadas por completo, se estaban convirtiendo como una «suma de una larga división»... Había un marcado declinar en el sentido popular de continuidad con la historia pasada, y muchos contemporáneos... llamaron la atención sobre la emergencia de una nueva «raza» o «nación» sin memoria espontánea del pasado, una raza con mentalidad ahistórica... Pero a través del período hubo también reiterados ecos en el sentido opuesto... un dolor ambiguo ante la memoria de un dominio perdido, un sentido de que el cambio era inevitable, y en muchos aspectos deseable, pero cuyas ganancias se estaban comprando a un precio terrible»⁹.

¡Qué sentimientos tan familiares! Y ¿quién podía negar que nuestra institucionalización de la historia y de la memoria probablemente representa más ese «indefinido pesar» que un gesto de aliento? O aun peor, como ya he sugerido, la fascinación por los crímenes de la primera mitad del siglo veinte puede representar no un dolor

⁹ HARRIS, J.: *Private Lives, Public Spirit: A Social History of Britain 1870-1914*, Oxford, Clarendon Press, 1993, p. 36.

sino un alivio, un sentido mitad horrible, mitad placentero de que el nazismo y el bolchevismo están lo suficientemente cerca para ser experimentados en las películas a todo color, pero también, a pesar del mandato de «nunca olvidar», lo suficientemente lejos para no ser amenazadores.

Me parece más probable que en vez de que la historia provea a la gente de identidades, sean ellos los que impongan sus propias identidades a la historia. En una encuesta reciente que preguntaba a los británicos cuáles eran los sucesos más importantes de la historia mundial en los últimos cien años, las principales respuestas fueron que la muerte de la princesa Diana en 1997 y la destrucción de las Torres Gemelas en 2001¹⁰. En otras palabras, preguntados por la importancia histórica, la gente buscó lo que tenía importancia en sus propias vidas –importancia emocional–, y proyectaron a la historia lo que encontraron. Nosotros solamente alentaremos esa especie de retroproyección a la historia si nosotros mismos promovemos la idea de que la historia es útil porque construye la identidad.

Muchas de las identidades alimentadas por la historia o la memoria institucionalizada son de hecho no las identidades de gente ordinaria, sino más bien las autoagrandadas identidades de los políticos o los grupos de interés. Las identidades nacionales, por ejemplo, forman el tema y materia de una gran parte de los esfuerzos memorialísticos, precisamente en un tiempo en que las encuestas nos dicen (al menos en Gran Bretaña) que la identidad de la mayor parte de la gente se forma más por el hogar, la vecindad, los amigos o la comunidad local que por la nación. Quizá esto debiera ser una fuente de consuelo para nosotros, ¿queremos en verdad ser gente cuyas identidades se han formado por guerras mundiales, genocidio, esclavitud y por otras de las más variadas formas de opresión ideológica, étnica o de género?

Puedo entender que esta experiencia inglesa no tenga necesariamente un paralelismo en otras partes de Europa. Recientemente la historia ha sido usada amplia y extensamente en Escandinavia y creo que también en el Este de Europa, y, obviamente, durante un período más largo también por Alemania, para explorar la identidad contemporánea no sólo por el contraste del principio «malo» del siglo XX con el presente «bueno», sino también para sugerir que el comienzo «malo» del siglo XX puso los cimientos podridos sobre los que se asienta el presente: la eugenesia como fundamento de la democracia social, la colaboración con el nazismo como fundamento de la democracia cristiana, la colaboración con el estalinismo como fundamento de la democracia social. O, por poner otro ejemplo más cercano a mi corazón, una gran parte de la educación contemporánea judía se condensa hoy en día en el estudio del Holocausto. Muchos padres judíos de la generación actual están mucho más preocupados por desarrollar la identidad judía de sus hijos de lo que lo estuvieron sus propios padres, pero carecen de la lealtad de sus padres a la sinagoga, caen con ansia en el Holocausto para proporcionar a sus hijos un sentimiento distintivo de lo judío.

¹⁰ EZARD, J.: «Public Believes History Began on Day Diana Died», *The Guardian* (24 -VIII- 2002); Véase [<http://www.guardian.co.uk/monarchy/story/0,2763,780002,00.html>].

Encuentro esto personalmente inquietante: El Holocausto no es un sustituto adecuado ni de la religión, ni de la ética, ni de la cultura, ni siquiera de la larga y variada historia del pueblo judío, para servir de base a la identidad judía del siglo XX. Puede ser más aceptable ser víctima que verdugo, pero ni las víctimas ni los perpetradores son buenos modelos de roles para las comunidades del siglo XXI¹¹.

Así pues aún donde la gente cree verdaderamente que la historia les dice «quiénes son», esa creencia no puede ser única para la sociedad ni para la historia. No hay ninguna razón particular, aparte de nuestra propia autoestima profesional, para cargar a la identidad contemporánea con reminiscencias históricas. Y hay buenas razones profesionales para no cargar la búsqueda de la historia con estas responsabilidades contemporáneas. Una profesión histórica demasiado consciente de su papel en la valoración de la identidad contemporánea seguiría una agenda de investigación seriamente distorsionada, como una profesión histórica demasiado preocupada de proveer a las preocupaciones morales contemporáneas. La historia nacional eclipsaría a las historias de otros países y culturas. Más de un tercio de los títulos de historia publicados en Gran Bretaña cubren la historia británica –pienso que muy suficientemente– y puede que sea una proporción más baja que en el pasado¹². Cuando David Thomson estudió en 1968 la escritura histórica francesa (y más superficialmente la británica y americana), sugirió que los escritos sobre su propio país formaban «la gran mayoría» de los libros históricos que se publicaban. Y algo contra su intuición, concluía, «la historiografía nacionalista y hasta la historiografía sobre el nacionalismo son un rasgo altamente distintivo de nuestra cultura en los 60»¹³. Si, como pienso, hoy en día ya no es así, hay que celebrarlo. Una de las ventajas de la obsesión actual con los años iniciales y centrales de la historia del siglo XX es que las guerras mundiales y los dictadores al menos dan a los estudiantes una perspectiva europea y a veces genuinamente global: en Gran Bretaña puede ser que hasta Hitler y Stalin sean mejor conocidos y entendidos que Churchill y ciertamente mejor que Lloyd George. Pero si Stalin y Hitler forman parte de lo más íntimo de nuestra propia historia nacional, creo que sería vuestra responsabilidad de historiadores llamar más la atención sobre Churchill, o aún mejor, sobre el Pan-Africanismo o la historia de Japón y China.

Vemos en los Estados Unidos una de las más inquietantes consecuencias de una historia que se desarrolla para servir a la identidad nacional. Como todos sabemos, ha habido en los Estados Unidos, en los últimos 25 años, una proliferación de puestos académicos, programas y departamentos dedicados al estudio de los grupos identitarios (basados en la etnicidad, género o sexualidad). Este fenómeno no es en sí

¹¹ Yo no debiera decir esto porque no debiera necesitar una credencial étnica para presentar tal argumentación, pero para evitar malentendidos debiera decir que yo mismo soy judío, hijo de un refugiado de Hitler, así que tengo interés personal en la educación judía contemporánea, igual que tengo (con otros muchos historiadores) un interés personal en el cariz de la profesión histórica.

¹² Desde 1994, última vez que el diario de comercio *The Bookseller* dividió los títulos de historia en subcategorías..

¹³ THOMSON, D.: «Must History Stay Nationalist?», *Encounter* (Jun. 1968), p. 22.

mismo una causa de preocupación; por el contrario ha ayudado sustancialmente a ensanchar la agenda de investigación de la profesión histórica americana y ha producido algunos de los trabajos conceptualmente más originales y más atrevidos de la última generación. Lo que me inquieta es la creciente insistencia –normalmente transmitida *sotto voce*– a la gente joven que planifica la carrera (necesariamente *sotto voce* para no jugar sucio con la legislación anti-discriminación) de que los profesores de los grupos identitarios procedan de esos mismos grupos. La razón práctica para esa insistencia es que las universidades quieren usar los programas de grupos identitarios para atraer más estudiantes de esos grupos para asegurarse la «diversidad» y para este propósito necesitan profesorado de los mismos grupos que pueden servir como modelos o mentores. (Naturalmente las universidades también quieren asegurarse la diversidad entre sus profesores y estos programas de grupos identitarios también son útiles para ese propósito). Estos son fines loables, pero el resultado es la dificultad para todos, excepto para un afro-americano, de conseguir un trabajo para enseñar (e investigar) historia afro-americana; o para una persona normal conseguir un trabajo para enseñar historia de los gays y lesbianas (e investigarla), etc. Llevado a sus consecuencias lógicas, sería muy difícil para mí conseguir un empleo para enseñar mi propio campo, la historia británica, puesto que tengo pocas credenciales para servir como modelo o mentor para cualquier persona joven que busque reforzar su identidad nacional británica. Pero es que yo no veo que mi empleo consista en gran parte o en absoluto decirles a los británicos «quiénes son».

Creo que iría aún más lejos argumentando que no pertenece al oficio de historiador ni siquiera ser un buen ciudadano del estado y nación en el que trabajan. Solía ser común –en algunos países aún lo es–, repartir la representación de los organismos docentes entre los varios partidos políticos. Esto sin duda era un instrumento útil para poner puentes entre las profundas divisiones sociales e ideológicas que dividían a muchas sociedades de la post-guerra y la guerra fría. Pero desde los años 50 a los 80 –y en algunos casos más allá–, también tuvo el efecto de fosilizar y distorsionar el desarrollo de la profesión de historiador y de asociar a historiadores con políticos en la mente del público. Como resultado tuvimos más y más historia socialista o liberal o conservadora en tiempos en los que cada vez había menos y menos socialistas, liberales o conservadores. Estoy contento por decir que existen muchos signos de que esa explícita politización de la historia está menguando. En una conferencia que ayudé a organizar hace algunos años, Pieter Lagrou, del Institut d'Histoire du Temps Present de Paris, puntualizó que hubiera sido imposible hasta poco antes nombrar a alguien como él –joven, sin dependencia política, ni siquiera francés, sino belga–, para un puesto políticamente sensible¹⁴. Y en otra conferencia a la que he asistido, organizada por el German Historical Institute de Londres, se preguntó a historiadores de toda

¹⁴ «Conflicting Loyalties: The Responsibility of the Historian», organizada con Richard Rathbone y Mark Mazower para la *Royal Historical Society, School of Oriental and African Studies*, University of London, 16 Feb. 2002. Un informe de Mark Mazower sobre esta conferencia puede hallarse en la *Royal Historical Society Newsletter*, Spring 2002. Véase [<http://www.rhs.ac.uk/newsletters.html>].

Europa si podía haber un «lieux de mémoire» común transnacional europeo, y para su propia evidente sorpresa se encontraron a sí mismos repudiando la idea como una ensoñación de los «burócratas» que sólo querían de los historiadores los mismos adornos culturales que los políticos nacionales habían conseguido en París, Berlín o Roma¹⁵. Quizás eso es testimonio de la baja opinión que los académicos tienen hoy en día del gobierno de la UE, pero yo creo que testifica también la elevada sospecha de la politización de la historia.

Habiendo apaleado varias veces a los políticos y el control político de la historia, y presumido implícitamente de la autonomía política de los historiadores en Gran Bretaña, debería añadir que tampoco pienso que sea la responsabilidad del historiador proveer a las efímeras demandas del mercado. Este es el peligro actual en el contexto británico. Durante un largo tiempo, las universidades británicas operaron, como he señalado más arriba, sin mucha interferencia externa, cumpliendo con una audiencia relativamente pequeña. El lugar de la historia era fuerte y seguro. En los últimos quince años, el sistema de educación superior ha crecido rápidamente —ahora recluta a un 40 % de la cohorte de esa edad—, y el gobierno se ha interesado más por el coste del sistema que por el contenido del currículum. Se las ha arreglado forzando en las universidades comportamientos de mercado. Los programas de grado y departamentos completos son clausurados si no logran reclutar un número de estudiantes cada vez mayor. El creciente interés público por la historia no ha sido igualado por un número creciente de estudiantes que busquen cualificaciones en historia en la escuela o en la universidad. Varios departamentos universitarios de historia han cerrado como resultado en los últimos años. Los que permanecen son presionados para que atraigan a estudiantes ofreciendo cursos más atractivos, respondiendo a las modas del gusto popular del día. A nivel de la escuela, se ha observado la «nazificación» de la historia hace ya algún tiempo; y hay señales de que la tendencia está creciendo a nivel universitario. El mercado muestra también su influencia de otra manera. Un número creciente de académicos han sido tentados, por las atenciones y las ofertas monetarias, a escribir historias populares. Sólo en mi universidad hay dos grandes éxitos editoriales en preparación sobre el Tercer Reich, que presuntamente han conseguido ya millones de dólares del editor como adelantos. No estoy seguro, a propósito, de que el mercado pida realmente tanta historia sobre el Tercer Reich. La evidencia es que los temas más populares en las escuelas inglesas son los temas medievales y que los estudiantes optan por la historia del siglo veinte a los 16 años, no porque sea lo que quieren, sino porque es lo que conocen mejor y por ello parece la opción más segura para tener éxito en los exámenes. Los maestros no se muestran dispuestos a enseñar temas de los que tienen poca información y vuelven a lo más familiar. Respecto a los lectores, los libros sobre el Tercer Reich no están en la lista de los más vendidos de historia ni en Gran Bretaña ni en Estados Unidos y pare-

¹⁵ «European Lieux de Mémoire», *Conference of the German Historical Institute London*, Cumberland Lodge, Windsor, 5-7 Jul. 2002.

ce imposible que los editores recuperen tan masivos adelantos. Por alguna razón se está produciendo una clase de estampida que amenaza con distorsionar la enseñanza y la escritura de la historia tanto como cualquier *diktat* político.

Espero que algo positivo sobre las responsabilidades del historiador se trasluzca ya en lo que he dicho sobre la parte negativa. Intento verdaderamente plantear un buen caso para defender la autonomía de la historia tanto del presente como de los políticos, de las demandas inmediatas del mercado, de los debates diarios del periodismo y de los mass media. Políticos, editores, periodistas, falsos eruditos, magnates de la prensa son muy capaces de hacer su trabajo sin nuestra ayuda, y cuando nos unimos a ellos tenemos que estar constantemente vigilando para asegurarnos que sus oficios no arrollan a los nuestros. Esto no es un argumento para que la historia permanezca en una torre de marfil, despegada de la sociedad, cultivando una neutralidad falsa. Hay que aceptar responsabilidades de los políticos y de la opinión pública, en las circunstancias correctas, pero alejados de la animación del público en general y lejos del deseo comprensible de mostrar lo que los historiadores pueden hacer. Es un argumento para que la historia defienda lo que le es único y peculiar de sí misma y para proyectar de manera vigorosa, e incluso misionera, a la sociedad sus valores únicos y peculiares. Y no seremos capaces de hacerlo si permitimos que otros nos absorban o nos conviertan en un anexo y así confundir en el público las prácticas de la historia con las prácticas de la política y de los media.

¿Cuáles son esos valores y prácticas? Me gustaría llamar la atención a los historiadores contemporáneos sobre la responsabilidad del historiador acerca de toda la historia, no sólo la de los últimos 50 años y tampoco únicamente la del país de cada cual. La actual fascinación entre los políticos y el público por la historia nacional contemporánea y, especialmente, por nuestro papel en la Segunda Guerra Mundial, es una amenaza para la disciplina en su conjunto. Amplias secciones de la preciosa herencia cultural de la humanidad están en peligro —la historia de la Europa premoderna, pero también la historia de Asia, de África y la de América fuera de los Estados Unidos que apenas se han comenzado a explorar—. El imparable avance del inglés como un segundo idioma obligatorio hace cada vez más y más difícil formar a historiadores estudiosos de áreas que no hablan inglés. En Gran Bretaña los idiomas extranjeros modernos están en un estado de peligro —hasta el alemán se está desvaneciendo del currículo—. Los historiadores debieran aliarse con los lingüistas para contrarrestar esa tendencia, lo que no pueden hacer si están demasiado enfocados sobre la historia reciente de su propio país.

Ligada a la propia cualidad pretérita del pasado (*pastness of the past*) está la alteridad del mismo. Los historiadores debieran estar defendiendo no las similitudes del pasado reciente con el presente, como tiende a hacer la historia contemporánea, sino las diferencias. Una de las cualidades que distingue a la historia de las ciencias sociales es que preserva la rica variedad sin fin de las experiencias humanas que hoy ya no son directamente accesibles. Así se convierte en una empresa ecológica, casi como la preservación de especies en peligro. Otra amenaza está en una orientación que insis-

te en que el pasado nos es útil porque nos provee con cantidad de experiencias similares a las nuestras de las que podemos aprender lecciones inmediatas. Yo os recomiendo las palabras del medievalista Gordon Leff, quien escribió en 1969 que la frase «veredicto de la historia» sólo puede ser una forma de hablar, un «tropo»:

«Sin duda, en ciertas circunstancias —decía él—, los paralelismos con el pasado pueden dar un empujón moral, como los que en 1950 se expusieron comparando la Gran Bretaña de entonces y la de 1800. Pero la mayor parte de la historia no da vueltas alrededor de esas comparaciones y cuando lo hace el resultado es a menudo la historia en su forma más insípida... la historia, aunque dirigida al pasado, es esencialmente sobre lo nuevo. Se lee y se escribe como el desdoblar de acontecimientos que por definición no han ocurrido antes. Esa es la única razón por la que tienen historia. Si la amenaza de invasión de Hitler en 1940 hubiera sido idéntica a la de Napoleón en 1800, no sería necesario un estudio separado de Hitler. Simplemente diríamos: Para Hitler en 1940, véase Napoleón 1800»¹⁶.

O de la misma manera, añadiría yo, si la amenaza de racismo en 2006 fuera realmente idéntica a la de 1940, debiéramos simplemente decir, «para Haider en 2006, ver Hitler en 1940». Y al rechazar esta línea de pensamiento, podemos ser positivos y estar orgullosos de la diferencia con el pasado. Como el pasado es diferente del presente, la historia enseña distintas clases de lecciones, habilidades y valores que las ciencias sociales que tratan del presente. Por ejemplo, aunque la historia no debiera hacer prescripciones morales, no por ello es amoral. Su moralidad es de otra clase, más democrática, diría yo. La distancia que supone una discusión sobre temas morales del pasado permite un debate moral más abierto y participativo. Los más perturbadores y peligrosos problemas morales, cuya mera consideración pueden tener terribles consecuencias en el presente, se deben considerar con mayor cuidado y frialdad si se proyectan hacia el pasado.

Nada malo nos sucederá o nada malo debería sucedernos si decimos algo especulativo o hasta algo ligeramente irresponsable acerca de las elecciones morales en el pasado. Nuestras irresponsabilidades pueden ser reprobadas y corregidas por la interacción con los otros, sin que haya miedo de haber causado un daño permanente en la aventura. Esta es otra de las razones para tratar de persuadir al público de que la historia no tiene conexión directa con el presente. Mientras la gente de los Balcanes siga discutiendo si las decisiones morales del siglo XIV aún tienen vigencia, o cuando todavía la gente en Irlanda del norte debatan las decisiones morales del siglo XVII como si hubieran sido tomadas ayer, entonces los historiadores no podrán obrar con seguridad en esos campos y no se habrá aprendido lección alguna. El pasado debería ser algo así como un refugio, no un campo de batalla.

Augustin Thierry, el historiador francés, dijo hace 200 años, «Creo que he encontrado un camino hacia la paz en el estudio serio de la historia».

«Con esto no quiero decir que la contemplación del pasado y la experiencia de la edad me hayan llevado a eliminar la ilusión juvenil del amor a la libertad con la que habría

¹⁶ LEFF, G.: «The Past and the New», *The Listener* (10-IV-1969), pp. 485-7.

llegado a un arreglo: todo lo contrario, cada vez estoy más aferrado a ella. Aún acaricio la libertad pero con un amor menos impaciente... Si nuestros ojos pudieran abarcar el largo camino a lo largo del cual hemos seguido a nuestros padres, nos distanciaríamos de las luchas de cada día, de los resentimientos de la ambición personal, de la militancia partisana, de los miedos y esperanzas insignificantes».

Thierry, desde luego, era un historicista. Aún sentía que la reflexión sobre el pasado le ayudaría en sus luchas ideológicas del presente, poniéndolas en la perspectiva del largo plazo. Aún dijo más:

«Me recuerdo a mí mismo de que en todos los tiempos, en todos los lugares, se puede encontrar a muchos hombres que sintieron las mismas aspiraciones que yo siento, aunque sus situaciones y opiniones fueran diferentes de las mías, porque la mayor parte de ellos murieron antes de ver el cumplimiento que habían anticipado en su pensamiento. Los trabajos de este mundo se realizan lentamente y cada sucesiva generación añade una piedra más a la construcción del edificio soñado por mentes ardientes»¹⁷.

Es menos probable que hoy sintamos que la historia es un edificio y que estemos ligados a generaciones pasadas por un arco común de aspiraciones. Pero esto amplía aún más la capacidad del pasado. Y es que así queda reducida su relevancia en lo inmediato y potenciada su importancia en su plano más amplio y elevado, porque permite poder interrogar mucho más libremente a la naturaleza humana y sus posibilidades si no está obstaculizada por los huidizos problemas morales y políticos del presente.

La historia es también más laboriosa que otras disciplinas de las ciencias humanas. Cede a disgusto sus secretos, y cuando ponemos nuestras manos sobre esos secretos que han llegado en forma parcial y opaca, requieren más contextualización e interpretación que los datos de otras disciplinas. Estas cualidades intrínsecas de la historia dan a los historiadores un conjunto único de habilidades –forenses, investigadoras, interdisciplinarias, evaluativas e interpretativas–. No es de extrañar que los periodistas y los políticos se sientan atraídos hacia nosotros, porque tenemos precisamente una paciencia, una persistencia y una meticulosidad y, consecuentemente, una credibilidad de la que carecen por la simple naturaleza apresurada y volátil de sus propios oficios.

¿Quiere esto decir, finalmente, que debemos resistirnos cuando los políticos y periodistas vienen a nosotros en busca de ayuda? Una gran parte de lo dicho hasta ahora puede sugerir tal resistencia. Que, por ejemplo, el Netherlands Institute for War Documentation no debiera haber llevado a cabo la investigación sobre la caída de Srebrenica, o que Paul Bew no tendría que haber actuado como consejero histórico para el Tribunal Saville en los sucesos del Domingo Sangriento de 1972 en Irlanda del Norte. Sin embargo, no creo que esto sea una conclusión necesaria ni siquiera para los muy magnánimos y bastante absolutos principios que he venido enunciando. Por una parte, la clase de material que tales investigaciones pueden des-

¹⁷ STERM, F. (ed.): *The Varieties of History*. Cleveland, World Publishing Co., 1956, p. 67.

arrollar y el privilegiado acceso que pueden conseguir los historiadores a esos materiales, es absolutamente irresistible. Aunque no hubiera más, cuando los historiadores se involucran en tales empresas están prestando un servicio a los futuros historiadores al asegurarse de que toda clase de evidencias por ellos deseadas estarán disponibles tal como ellos las quieren (por esa misma razón, mi sociedad científica, la Royal Historical Society, proporciona un servicio a los archivos nacionales del Reino Unido aconsejando cómo organizar la vastas cantidades de documentos gubernamentales —ya que no todos ellos pueden ser preservados—. Al menos podemos imaginarnos cuáles les gustaría a los futuros historiadores). Más allá de esto, tenemos habilidades especiales y valores que son útiles para tales investigaciones. El truco, como ya se ha sugerido, está en intentar asegurarse de que la implicación del historiador no dañe a la historia.

Los historiadores tienen que ir a cooperar con los políticos y los periodistas dejando claro lo que pueden y lo que no pueden hacer. Han de intentar insistir desde el principio sobre la integridad de sus propios métodos, a su ritmo y manera. Algo azaroso pero, como mostrara la investigación sobre Srebrenica, vital. Deben intentar ejercer algún control sobre los rápidos giros aplicados a su participación. La aplicación de sus habilidades y valores únicos no otorgan autoridad moral trascendente y todos los intentos por parte de los políticos y grupos de intereses reclamando que el veredicto de los historiadores representa «el veredicto de la historia» —algo muy diferente—, debieran ser repudiados explícitamente. Y algunas veces, desde luego que sí, cuando toda la empresa está demasiado contaminada por la mala fe o por la política, los historiadores han de decir que ellos —como académicos y educadores—, no es a quienes se ha de recurrir. Los políticos han de decidir si quieren aceptar programas de investigación en vez de campañas y correr el riesgo (en verdad la certeza) de que el resultado no tendrá la claridad y la excitación de un eslogan de campaña. Si no nos resistimos a ser arrastrados a campañas, pondremos en peligro la autonomía, la imparcialidad y, aspecto crucial, la credibilidad ante el público que ha sido lenta y trabajosamente construida por el mundo académico europeo a lo largo del siglo pasado. Pondremos en riesgo muchas cualidades que han sido la causa de que las universidades permanezcan, mientras que gobiernos y periódicos han aparecido y desaparecido. Cada vez que un político, un grupo de presión o un periodista se acerca a nosotros buscando tomar prestada nuestra autoridad, nuestro tiempo y nuestros recursos, para una campaña con la excusa de que el público lo reclama —hoy, a corto plazo—, tenemos que tratar de recordar que el interés mayor del público es la integridad a largo plazo de nuestro oficio. No puede haber mayor responsabilidad para el historiador que recordar el largo plazo.